



INTERNACIONAL

La Defensa del Reino Unido

Andrew Smith Serrano

Analista de relaciones internacionales y defensa. Miembro del The International Institute of Strategic Studies



Por Petty Officer Photographer Jay Allen - <https://www.royalnavy.mod.uk/news-and-latest-activity/news/2021/may/20/210520-carriers-at-sea-and-strike-warrior>, OGL 3, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=105562576>

Los portaaviones HMS Prince of Wales y HMS Queen Elizabeth fotografiados en el mar juntos por primera vez el 19 de mayo de 2021.



Introducción

En un juego de simulación de guerra llevado a cabo en otoño de 2021, unos meses antes del comienzo de la invasión rusa de Ucrania, el Reino Unido se quedó sin municiones a los “ocho días del comienzo de hostilidades”. Dicho juego se repitió en 2023 y a principios de 2024, con un progreso contenido: “la munición duró dieciséis días en 2024”. Dos años después, la situación es aún peor, pues los stocks han sido radicalmente reducidos por la generosa ayuda de unos 7900 millones de dólares a Ucrania para contener las ofensivas rusas de 2024 y 2025, y quizás ahora los stocks existentes durarían apenas unas 48-72 horas de confrontación directa.

Londres, con el segundo presupuesto anual más grande de la OTAN –unos 61 700 millones de libras, esto es, unos 72 000 millones de dólares, básicamente el 2,6 % del PIB–, desde 2022 viene tratando de solventar con urgencia esta situación límite y promete para finales de 2026 o principios de 2027 doblar o triplicar su producción de municiones. La cartera de pedidos y las directivas industriales todavía no reflejan dicha urgencia, aunque la falta de munición, incluso siendo crucial, no es lamentablemente el único problema –ni el más grave– a los que se enfrentan las fuerzas armadas y la defensa del Reino Unido.

Así, décadas de recortes y reducciones desde el “dividendo de la paz” de principios de los 90 y la reconversión de su doctrina y misiones –de una guerra convencional en las praderas del norte de Europa a otra “asimétrica y multidimensional frente al terrorismo y la contrainsurgencia” en el primer cuarto del siglo XXI– han cuestionado seriamente la habilidad del Reino Unido, en un hipotético conflicto de la OTAN, para desplegar una sola división pesada de 18 000 efectivos –con sus tanques, helicópteros y artillería– durante más de tres semanas. A su vez, en un hipotético conflicto “fuera de área”, Londres tendría dificultades para desplegar una Brigada Ligera –unos 3 400–4 000 efectivos– con sus apoyos logísticos durante más de seis u ocho semanas.

En el marco geoestratégico actual, estamos ante una situación política insostenible para cualquier gobierno del Reino Unido y su ambición de ser no ya una potencia media global, sino de alcanzar la posibilidad de ejercer influencia como un actor de seguridad regional. Simplemente, los recursos y las capacidades no dan opciones realistas a implementar las políticas del gobierno y, en consecuencia, la credibilidad y la reputación del Reino Unido está siendo seriamente cuestionada.



El Reino Unido enfrenta una grave escasez de municiones, poniendo en duda su capacidad de defensa en conflictos futuros



► **Los recortes en defensa desde los 90 han reducido significativamente la capacidad militar y la modernización del Ejército británico**

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Basta comprobar, por ejemplo, que el Ejército de Tierra del Reino Unido, con unos 72 000 efectivos, y los recortes frenados pero con un pequeño aumento –se prevé llegar a 80 000 efectivos y al 3 % para el comienzo del siguiente parlamento en 2029–, es el Ejército Británico más pequeño desde las guerras Napoleónicas. Además, este ejército es el peor equipado desde las décadas de los años 70/80, pues la mayor parte de sus carros de combate Challenger y demás blindados y vehículos de apoyo fueron construidos entonces y no han sido renovados desde hace años, ya que la falta de continuidad de una base militar-industrial y una péssima gestión han roto prácticamente la cadena de suministros. De hecho, en mayo de 2023, el entonces titular de Defensa, Ben Wallace, subrayó esta situación de sus fuerzas armadas al definirlas como “un cascarón hueco”.

A pesar de los esfuerzos de los primeros ministros Sunak y Starmer y una ligera mejora financiera y dotacional, la actual falta de proyección de fuerza del Ejército Británico refleja décadas de presupuestos de Defensa que apostaron por expediciones “fuera de área” contra el terrorismo y por “operaciones de contrainsurgencia”, en vez de prepararse para una contingencia convencional en el continente europeo frente a una potencia o alianza hostil. Además, parece obvio que la dependencia casi total en la logística y colaboración con los EE. UU. y la poca inversión y atención a estos sectores, hacen casi imposible ahora una proyección británica como fuerza independiente de EE. UU. en cualquier teatro de operaciones europeo.

A su vez, la incorporación desde 2021 de dos grupos aeronavales con sus respectivos portaviones, a menudo inoperativos, y la adquisición y mantenimiento de las escoltas navales, han volcado asimétricamente los últimos presupuestos de Defensa hacia la Marina a costa del Ejército de Tierra y de la Aviación, desequilibrando la cohesión y efectividad del conjunto.

Pero la gran partida financiera de los presupuestos de Defensa y su principal talón de Aquiles es la modernización y mantenimiento del componente nuclear de la Marina británica. Se están construyendo cuatro submarinos nucleares tipo *Dreadnought* para sustituir a los viejos *Vanguard* con un presupuesto de casi 44 000 millones de dólares. Y además, Londres está modernizando su arsenal de cabezas nucleares *Trident* a un coste de 4 100 millones de dólares.



Sin embargo, a pesar de los esfuerzos del último ejecutivo conservador y del nuevo gobierno laborista desde las elecciones de julio 2024, y del incremento del gasto oficial al 2,6 % del PIB, las cuentas no salen.

La retórica, los buenos deseos y los objetivos de la estrategia publicada por la *Integrated Review of Security* (IRS) –una especie de Libro Blanco de la Defensa británica de 2021–, así como los compromisos británicos adquiridos en las cumbres de la OTAN de Madrid (2022) y La Haya (2025), no se han traducido en una acción política y presupuestaria decisiva, ni han sido correspondidos ante la tozuda realidad imperante. Aun así, los presupuestos de otoño de la ministra de Hacienda, Rachel Reeves, del pasado noviembre de 2025, mantienen el gasto en Defensa y prometen cumplir con los compromisos de OTAN en la Haya en el próximo Parlamento, es decir, en 2029.

Resaca del Brexit (2021), guerra de Ucrania (2022-?) y regreso de Trump (2025)

El voto del Reino Unido para irse de la Unión Europea en el referéndum de junio de 2016 ha sido descrito como la detonación retardada de una aletargada reacción nostálgica de recuperación de soberanía y una ambición estratégica imperial perdida hace décadas, concretamente algún día entre la caída de Singapur en enero de 1942 y la debacle de Suez en octubre de 1956.

El Brexit ha sido descrito como, quizás, el mayor desastre geopolítico de Inglaterra desde la invasión normanda de 1066. Un espasmo de chauvinismo nacionalista inglés que ha dividido a la sociedad británica y probablemente vaya a empobrecer y crispar más aún a varias futuras generaciones del reino de Carlos III.

Mientras que los partidarios del Brexit argumentaron que para el Reino Unido esta sería una oportunidad de labrarse un nuevo futuro a nivel planetario, el primer lustro transcurrido desde su entrada en vigor ha demostrado desafortunadamente la falacia de esos postureos y cómo la realidad geopolítica no concuerda con sus fantasías victorianas. Tras acusar el golpe del fracaso del gran farol inicial del gobierno, la comunidad estratégica británica comenzó a evaluar y destilar un análisis más sobrio de los retos y amenazas a los que se enfrenta Londres. Es conveniente resaltar que los partidarios del Brexit nunca presentaron un plan o una “hoja de ruta” para implementar su visión del “soleado esplendido porvenir del Reino Unido liberado de las cadenas de Bruselas” (Nigel Farage, 2015).



La dependencia de EE. UU. limita la autonomía del Reino Unido en operaciones militares independientes en Europa y otros teatros



► **El presupuesto de defensa del Reino Unido, aunque aumentado, no refleja la urgencia de modernizar sus fuerzas y capacidades nucleares**

No fue hasta la primavera de 2021, tras un lustro de ilusiones defraudadas y el severo choque con la realidad imperante, cuando la Administración de Boris Johnson, por fin, se decidió a elaborar un plan y exponer su visión en la Revisión Integrada de Seguridad (IRS) –marzo de 2021– de lo que a todas luces puede constituir la mayor revolución en la política exterior y defensa del Reino Unido desde la debacle de Suez hace ahora casi 68 años. La fallida operación con Francia e Israel contra el Egipto de Nasser en el Canal de Suez y la humillación por parte de EE. UU. y la URSS confirmaron el declive del Reino Unido como potencia autónoma y global. Esta dosis de realidad y humildad en lo que fue el símbolo del imperio británico resultó en una revisión y actualización de la estrategia de defensa y política exterior que logró plasmarse en el Libro Blanco de Defensa del entonces ministro Duncan Sandys.

Sus líneas maestras pasaban por reconciliar la realidad socioeconómica del país con sus recurrentes aspiraciones a no dejar de ser una gran potencia global basada en tres ejes: mantener a toda costa la “relación especial” con Washington, apostar por la “barata” disuasión nuclear a costa de las “costosas” fuerzas convencionales (por ejemplo, el fin del servicio militar se hizo en 1957) y, finalmente, culminar el proceso de descolonización imperial comenzado en 1922 en Irlanda y concentrarse en la defensa de las islas y de sus intereses geopolíticos en el Atlántico Norte (OTAN) y en la anglo-esfera global (*Five Eyes* o Cinco ojos, el grupo de aliados compuesto por EE. UU., Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Reino Unido que comparten recursos, fuentes y análisis de inteligencia globalmente).

A esta troika podemos añadir el giro copernicano de la Administración Macmillan (1957-1964), al optar por dejar de enfrentarse a la Unión Europea desde 1961 y apostar por el mercado común continental de la CEE, en la que finalmente se integraría bajo el gobierno de Edward Heath en 1973, y contribuir así a aumentar la Unión Europea –de 9 a 28 miembros– en las siguientes cuatro décadas hasta las vísperas del Brexit.

Como podemos ver, a grandes trazos y con notables excepciones –por ejemplo, Guerra de las Malvinas/Falklands (1982); emergencias en Borneo y Adén (1963-68) y despliegue en Kuwait (1961)–, las líneas básicas del Libro Blanco de Duncan Sandys se han mantenido hasta 2015, cuando la promesa electoral del primer ministro David Cameron –para aplacar al ala “euroescéptica” del Partido Conservador– recibió una sorprendente mayoría en solitario en la Cámara de los Comunes.



nes y no tuvo más remedio que abrir la caja de los truenos con un referéndum que nunca pensó tendría que convocar.

Durante la campaña del referéndum, los partidarios del Brexit se abstuvieron de concretar ningún avance serio en la planificación e implementación de una política exterior y de defensa en su visión de un Reino Unido “soberano y global”. Durante los debates del Brexit, la contribución del futuro primer ministro Boris Johnson se limitaba a anécdotas de humor de la época *edwardiana* como “niebla en el Canal, el continente aislado”.

En este contexto comienza un esfuerzo por articular y formular esta visión en un esfuerzo holístico e innovador desde aquel Libro Blanco de Duncan Sandys de 1957. La culminación es el documento “*Global Britain in a Competitive Age: The Integrated Review of Security, Defence, Development and Foreign Policy*” o, en corto, la *Integrated Review of Security* (IRS), que, tras varias demoras por la pandemia y los acuerdos de salida con la Unión Europea, vio la luz en marzo de 2021.

Innovación nuclear y directrices básicas

Las realidades de Ucrania (2022), Trump (2025), el fin de los acuerdos START de control de armamentos (febrero de 2026) y la revisión del Tratado de no Proliferación –NPT– (mayo de 2026) ponen el foco en la estrategia nuclear del Reino Unido. Por primera vez desde la caída del muro de Berlín en 1989, se propugna el aumento de 225 a 260 cabezas nucleares para 2026 y llegar a 350-360 para 2030, lo que constituye un giro de 180 grados en la anterior política de reducción de las mismas.

Estamos ante un cambio radical, pues la última directriz de 2015 tenía como objetivo reducir su número a 180 cabezas nucleares, cifra que se consideraba “suficiente para disuadir cualquier acción preventiva de un posible adversario”. En el original de marzo de 2021, la mención de posibles adversarios potenciales se mantenía ambigua y, a pesar de su sesgo general hacia China, también hacía referencia a Rusia como la potencia que “está invirtiendo y explorando nuevas tecnologías y vectores nucleares para ejercer mayor coerción hacia sus rivales”. Esta evaluación sorprendentemente se ha subrayado anualmente hasta la fecha.



La estrategia nuclear británica ha cambiado, aumentando el número de armas y adoptando mayor ambigüedad en su doctrina



► **El Brexit ha debilitado la influencia del Reino Unido en política exterior, dificultando la cooperación europea en defensa y seguridad**

Además, a la vez de aumentar el número de cabezas nucleares el IRS introduce dos cambios innovadores en la estrategia nuclear de Londres:

- El primero es aumentar la ambigüedad de la doctrina y la operatividad estratégica. A tal fin declara que “el Reino Unido dejará de proporcionar datos oficiales sobre el arsenal nuclear del país o sobre armas nucleares operativas en cualquier momento”. Londres comparte así el argumento de Pekín y Moscú sobre que la disuasión es fortalecida si aumenta la incertidumbre de los cálculos de sus potenciales adversarios. El resultado es una disuasión más estable que reduce el margen de acciones preventivas o el primer uso de armas nucleares en una potencial crisis.
- El segundo es un cambio doctrinal sobre los escenarios potenciales en los cuales el Reino Unido contemplaría el uso de armas nucleares. El Libro Blanco reitera la política tradicional de Londres de comprometerse a no usar, o no amenazar con su uso, a ningún estado que cumpla con el Tratado de No Proliferación Nuclear. Pero en este IRS añade que el Reino Unido se reserva la opción de abandonar este compromiso si existen situaciones potenciales excepcionales.

Concretamente, “se reserva el derecho de abandonar este compromiso sobre el primer uso de armas nucleares si es atacada con otras armas no convencionales de destrucción masiva, o tecnologías emergentes con un impacto similar”. De esta manera, Londres mantiene una ambigüedad sobre su posible respuesta nuclear a ataques no nucleares, como podrían ser misiles hipersónicos, un devastador ciberataque u otras armas no convencionales –biológicas o químicas–. Este cambio aumenta los escenarios para un posible primer uso de armas nucleares por parte del Reino Unido en una futura crisis.

Así pues, en marzo de 2021 se produce “el mayor reajuste e innovación de las prioridades de defensa y política exterior del Reino Unido desde el fin de la Guerra Fría”. Una Revisión Integrada de Seguridad que hasta la fecha no se ha modificado y que, manteniendo a Rusia como “la mayor amenaza”, consideraba a China como el rival geopolítico existencial en el largo plazo. Estamos ante una declaración histórica, pues China desbancaba así al rival soviético/ruso por primera vez desde 1946.

La invasión rusa de Ucrania en 2022, el cambio de gobierno británico en 2024 y la vuelta de Trump en 2025 muestran claramente unas nuevas realidades geoes-tratégicas. Realidades que ponen en duda y cuestionan casi todas las claves, ar-



gumentos, prioridades y conclusiones del Libro Blanco de Duncan Sandys. De hecho, en estos últimos cuatro años todos los actores relevantes exigen que una revisión a fondo de los fundamentos del documento y su adaptación y reformulación para ajustarse al marco estratégico de 2025-26. Sin embargo, este sigue siendo la estrategia oficial del Reino Unido a día de hoy.

El Reino Unido y el mundo tras el 24 de febrero de 2022

Para el Reino Unido, mantener la relación especial con EE. UU. es prioritario e innegociable. Y así su interés por China es consecuencia directa de su alineamiento con Washington, tal como hizo con anterioridad tanto en Afganistán como en Irak para mantener este vínculo y continuar su “relación especial”.

Sin embargo, la legendaria obsesión de Londres por el Imperio ruso y por la Unión Soviética aminoró tras la implosión de esta en 1991, cuando se consideró a la Federación Rusa una potencia decadente y débil, que no constituía por tanto una amenaza existencial al ser contenida adecuadamente por los hegemónicos EE. UU. A pesar del rearme de Moscú producido a partir de 2007, los analistas británicos no contemplaron la posibilidad de una guerra convencional y confinaron su amenaza a potenciales ataques híbridos, ciberataques, propaganda y otras “operaciones especiales” difícilmente atribuibles, como los asesinatos de disidentes o los sabotajes de infraestructuras.

Sin embargo, al invadir Ucrania en febrero de 2022, Rusia y su presidente Vladimir Putin han demostrado capacidad para tomar decisiones arriesgadas y peligrosas que ha sorprendido hasta a sus críticos más severos y voraces. Mas aún, al amenazar varias veces con usar el arma nuclear, Putin ha transgredido repetidamente todas las normas de comportamiento de líderes civilizados desde el comienzo de la era nuclear tras la Segunda Guerra Mundial.

Esta realidad conlleva la posibilidad de una confrontación directa entre la OTAN y la Federación Rusa, bien como resultado de una decisión deliberada, bien por error de cálculo o confusión en la gestión de una crisis. La invasión de Ucrania por Putin ha provocado la imposición de un régimen de sanciones único a Rusia. Los miembros de la OTAN y sus aliados han canalizado la mayor transferencia de armas al régimen de Kiev y han tomado medidas excepcionales para reforzar el flanco oriental de la Alianza. De este modo, la prioridad fundamental de la Alianza

- **La invasión de Ucrania por Rusia ha reconfigurado las prioridades estratégicas del Reino Unido, centradas en la defensa europea y disuasión nuclear**



► **El Reino Unido mantiene su relación especial con EE. UU., priorizando la seguridad transatlántica y la cooperación en defensa y tecnología**

desde la primavera de 2022 es disuadir a Moscú de continuar y extender su agresión más allá de Ucrania, y evitar la caída del gobierno en Kiev.

En cualquier caso, la nueva realidad no cambia la validez de las conclusiones generales del IRS sobre que la amenaza existencial a largo plazo es China; aunque sí cambia los tiempos y la urgencia en atajar la amenaza hacia los intereses occidentales que representa la actual agresión rusa a Ucrania.

Para el Reino Unido la geografía es determinante y Londres entiende y asume que, mientras la amenaza de Rusia no se contenga o elimine, les será más útil a EE. UU. y a la OTAN si se concentra en la región europea. De modo que poner el foco en Europa y dilatar su desplazamiento y presencia permanente en el Indo-Pacífico es una opción astuta, dado lo limitado de sus recursos. Londres practica lo que se “hacer de la necesidad virtud” y no se expone “a extender su presencia en muchos frentes y no ser efectivo o determinante en ninguno.”

Así mismo, la fuerza aérea británica (*Royal Air Force*) tiene hoy una relevancia marginal en los teatros estratégicos del Indo-Pacífico. Y solo la próxima generación de aviones *Tempest* podría tener el potencial de combate para enfrentarse a un adversario temible como China, pero el programa no se completará hasta 2027 y la falta de bases aéreas en la región reduce mucho la posibilidad de un despliegue efectivo a medio plazo.

En todo caso, tanto la Marina como la *Royal Navy* podrían ser quienes contribuyeran sustancialmente al desarrollo de este marco estratégico. Sin embargo, es irónico contemplar cómo la mayor parte de la tarta presupuestaria para Defensa va a parar el Ejército –tras dos décadas de contrainsurgencia en Afganistán e Irak–, a costa de la Marina; de hecho, tanto la Revisión Estratégica de 2010 como la Directriz de Seguridad de 2015 dejaron a la Royal Navy con tan solo 19 plataformas navales principales, su nivel más bajo desde 1455.

Y, sin duda, son las facultades tradicionales de la Marina británica –flexibilidad de proyección de fuerza, alta visibilidad simbólica en tiempos de paz, habilidad para proteger rutas comerciales y principalmente su autonomía logística y compatibilidad con los aliados de la región (EE. UU. Australia, Nueva Zelanda y Canadá)– las que la constituyen como el brazo más relevante para la presencia británica en aquel teatro de operaciones, al menos hasta finales de esta década.



Ahora bien, la pregunta esencial para la actual Royal Navy es cómo hacer substancial una contribución simbólica en cualquier región del mundo con recursos tan limitados como son solo 11 plataformas de destructores tipo 45 y fragatas tipo 23, que sin el apoyo crucial de EE. UU. no harían viable la cobertura de los dos portaeronaves tipo *HMS Queen Elizabeth* de la Marina británica. Para intentar solventar este déficit, ya en 2021 se puso en marcha un programa acelerado –dirigido por la Oficina de Construcción Naval– que contempla la construcción de 6 fragatas y 4 destructores para el 2030, que todavía siguen sin estar presupuestados.

Para alcanzar el objetivo de ser el país europeo con la mayor y más integrada presencia en el Indo-Pacífico, el Reino Unido firmó en septiembre de 2021 el Acuerdo AUKUS (por sus siglas en inglés). Se trata de un pacto defensivo con Australia y EE. UU. que se concreta en la construcción de ocho submarinos nucleares de ataque con base en Stirling, al sur de Perth (Australia), un eje idóneo para la región ubicado entre los océanos Índico y Pacífico. El acuerdo prevé además el compromiso de que, hasta que no se termine la construcción de los sumergibles en 2035, Reino Unido y EE. UU. rotarán sus submarinos de ataque con base en Stirling para garantizar que haya siempre uno desplegado en cada océano. Así mismo, el acuerdo de Londres con Canberra también prevé que, una vez desplegados los nuevos sumergibles, a partir de 2035 se desplegarán dos submarinos de la clase *HMS Astute* para asegurar que Australia pueda tener siempre cuatro de ellos desplegados, es decir, dos en cada océano, el número mínimo considerado para asegurar y garantizar las rutas comerciales de la región.

En referencia a Rusia, el objetivo esencial de la estrategia del Reino Unido es, en primer lugar, “mantener la relación especial con EE. UU. y ser un actor útil en la defensa colectiva de Occidente”. De esta forma, el Reino Unido, como decía el analista Lawrence Freedman, del *Kings College*, “corre el riesgo de tratar de hacer muchas cosas a la vez y ninguna bien”.

El consenso en Whitehall, a la vista de los acontecimientos, es que el Reino Unido está mejor colocado y capacitado para concentrarse en la región euro-atlántica. La invasión rusa de Ucrania es el argumento y la lógica que sostiene este consenso.

Rusia representa hoy una amenaza existencial para Occidente que no se producía desde antes del colapso de la antigua Unión Soviética. Así, tras la implosión de la URSS, no ha cesado de usar la opción militar tanto dentro de sus fronteras –Chechenia (1994-96 y 1999)–, como en el extranjero cercano y áreas de in-

► **Las capacidades navales británicas están limitadas por presupuestos, pero la Marina sigue siendo clave para la presencia global**



► **El acuerdo AUKUS refuerza la presencia naval en el Indo-Pacífico, con submarinos nucleares y cooperación con EE. UU. y Australia**

fluencia –Georgia (2008) y Ucrania (2014 y 2022)–, así como “fuera de área” en África y Oriente Medio –principalmente en Siria (desde 2011 hasta el presente) y en Sahel (de 2014 en adelante).

Para el Reino Unido, la actuación rusa con “operaciones especiales” en su territorio –por ejemplo, envenenar disidentes o intervenir en la política interna (referéndum en Escocia de 2014 y Brexit en 2016)– ha provocado una visión negativa y amenazante en las élites británicas, muchas veces no compartida por los aliados continentales.

El discurso de Putin del 21 de febrero 2021 y, tres días después, su posterior invasión de Ucrania, borraron todas las dudas sobre la naturaleza de la amenaza y régimen ruso. Y a pesar del fracaso inicial de los objetivos militares de Moscú, su impacto inmediato fue alterar la arquitectura y el teatro estratégico del continente europeo.

Otro efecto inmediato fue que tanto Finlandia como Suecia corrieron a abandonar su histórica neutralidad. Así, Helsinki entró en la OTAN en 2023 y Estocolmo lo hizo en 2024. En este contexto, el Reino Unido se enfrenta a dos retos cruciales:

- En primer lugar, Londres tiene que contribuir substancialmente para disuadir la amenaza rusa mediante un reforzamiento de sus fuerzas convencionales en los países fronterizos con Rusia. El Reino Unido ha doblado su presencia y lidera el grupo de combate de la OTAN en Estonia y contribuye con un escuadrón aéreo a patrullar el Báltico. También ha desplegado unidades acorazadas en países limítrofes a Rusia como Rumanía y Polonia, pero son contribuciones anecdóticas que marginalmente ayudan a reducir el déficit en la “correlación de fuerzas” en los teatros de operaciones.

Si el Reino Unido quisiera ir más allá y alterar decisivamente la balanza a favor de la OTAN, tendría que reintroducir el concepto de Guerra Fría del Ejército Británico del Rin o *British Army on the Rhine* (BAOR), que en su día tenía tres divisiones con 60 000 efectivos y tres alas de combate. Una opción más realista sería desplegar dos brigadas mecanizadas, una en los países bálticos y otra en Polonia (unos 12 000 efectivos) y dos alas de combate para finales de esta década.

Sin embargo, se observan unas ambiciones muy limitadas, dispuestas de acuerdo a los recursos disponibles y a una opinión pública que, aun siendo so-



► **La amenaza rusa en Europa obliga a reforzar la presencia militar en los países bálticos y a prepararse para amenazas híbridas**

lidaria con sus aliados orientales, no está predominantemente a favor de una mayor implicación si ello requiere revisar el nivel de vida actual y, sobre todo, enviar a su juventud al frente oriental. Una realidad que hace que cualquier propuesta política de intervención sea bastante complicada de ejecutar.

- En segundo lugar, el Reino Unido reconoce que la naturaleza de la confrontación con Rusia es multidimensional y que ha de estar preparado para responder a amenazas en la “zona gris”, como la guerra de información y propaganda y la ciberguerra.

Así pues, el Gobierno Johnson creó en 2020 la fuerza nacional cíber o *National Cyber Force* para –conjuntamente con los servicios de inteligencia y los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores– ser capaces de competir con Rusia en los niveles que están por debajo del umbral de la confrontación abierta –por ejemplo, resistiendo ataques contra la infraestructura civil, protegiendo satélites de comunicaciones y bloqueando intentos de hackeo por parte de Moscú– y poder responder así con contraofensivas propias. Aumentar estas capacidades y tecnologías en el Reino Unido y compartirlas con los aliados continentales es uno de los retos de la estrategia británica.

Europa, la eterna asignatura pendiente

Además de calibrar su estrategia de defensa nacional, Londres debe considerar cómo puede contribuir con eficacia a aumentar y consolidar la cohesión del continente europeo frente a la agresión rusa. A pesar del Brexit, o quizás como consecuencia de ello, el Reino Unido “mantiene su compromiso incondicional con la seguridad de Europa” y en “asumir un papel de liderazgo en la OTAN”. De hecho, desde febrero de 2022 el Reino Unido ha sido uno de los aliados más sólidos de Ucrania, superado en dinero y pertrechos solo por los EE. UU.

Una relación más estrecha entre el Reino Unido y la Unión Europea en la tarea de ayudar a Ucrania podría beneficiar a ambos y ser el catalizador de un pilar europeo más sólido dentro de la OTAN. Lamentablemente Londres, París y Berlín no están todavía en un punto de partida común –intelectual, política e ideológicamente– para comenzar a elaborar una posición y visión europea de conjunto.

En cualquier caso, tras el Brexit, y a pesar de los esfuerzos realizados hasta la fecha, los Gobiernos de Johnson, Truss, Sunak y Starmer han fracasado en la for-



mulación detallada de la cooperación en materia de defensa del Reino Unido con la Unión Europea, a la vista de las iniciativas en Bruselas del nuevo comisario de la Comisión Von der Leyen sobre la “Brújula Estratégica” y las reformas sobre la Política Común de Seguridad y Defensa. En este sentido, el modelo actual de cooperación de Londres con Noruega y Canadá –donde colaboran en la Fuerza Conjunta o *Joint Expeditionary Force* en el Ártico– podría ser un formato a repetir en otros teatros continentales.

Conclusiones y apreciaciones

El Libro Blanco 2021 y los compromisos de Madrid 2022 y La Haya 2025 marcaron un giro significativo en la Política de Seguridad y Defensa del Reino Unido, solo comparable al *White Paper* de Duncan Sandys en 1957 tras el desastre de Suez en 1956. Al contrario que aquel *White Paper* de 1957, el IRS de 2021 vio la luz con, respectivamente, casi un año y tres años de anterioridad a los eventos seminales que dieron un vuelco al marco geoestratégico global para el Reino Unido; es decir; la invasión de Ucrania por Rusia en febrero de 2022 y la vuelta a la Casa Blanca de Donald J. Trump como 47 presidente de EE. UU. el 20 de enero de 2025.

Como sucedió en 1957, la flexibilidad y cultura estratégica del Reino Unido se ha intentado adaptar a la evolución de los acontecimientos y a la realidad vigente, aunque lo haya hecho con más voluntad que recursos.

Londres identifica a dos grandes potencias –China y Rusia– como los grandes retos para la sociedad británica y analiza cómo destilar sus prioridades para concretar los objetivos de futuro con los muy limitados recursos de que dispone. Rusia y China, respectivamente, dominan dos regiones dispares y lejanas entre sí –el corazón de Europa y el Indo-Pacífico–, y Londres debe equilibrar sus despliegues en cada teatro de operaciones para maximizar sus rendimientos e influencia.

La prioridad de la política exterior británica –desde Suez en 1956– ha sido mantener y aumentar la “relación especial” con EE. UU. y alinearse en todo momento con sus posiciones globales.

La importancia del teatro de operaciones OTAN/Europa siempre estará en el centro de las prioridades de Londres por razones obvias de geografía e historia,

- **El Reino Unido debe equilibrar recursos entre Europa y el Indo-Pacífico, priorizando la región europea por su proximidad y amenazas inmediatas**



lo que se ha evidenciado con la guerra de Rusia en Ucrania y resuelve el dilema británico sobre cómo mantener con utilidad a un tiempo su “relación especial” con EE. UU. y atender sus prioridades de defensa nacional en Europa, pues su objetivo desde 1945 ha sido disuadir a Rusia.

La invasión rusa de Ucrania ha proporcionado a Londres la oportunidad de reforzar su papel transatlántico y a la vez ha justificado su apoyo incondicional a la OTAN; un apoyo cuestionado por una mayoría de sus miembros fundadores, particularmente la primera Administración Trump entre 2017 y 2021y por el presidente francés Macron en 2019.

Por lo demás, el Brexit hoy parece en realidad una apuesta de un grupo de aventureños que, manipulando emociones e identidades localistas, creyeron que al liberar al Reino Unido del mastodonte burocrático y elitista de Bruselas podrían navegar a su manera por el globo y traer de nuevo una era de prosperidad, libertad, respeto y dignidad a un país en decadencia estructural desde la Segunda Guerra Mundial. Ya lo dijo el fallecido secretario de Estado americano, John Foster Dulles, tras la debacle de Suez en 1956: “el Reino Unido ha perdido un Imperio y todavía no ha encontrado su papel en el mundo.”

Solo ha pasado una década desde ese cambio de rumbo y la evidencia del error estratégico del Brexit ya es lapidaria. Afortunadamente, Londres viene tomando algunas acciones correctivas desde julio de 2024 para, por lo menos, limitar daños y comenzar a tejer un nuevo encaje del Reino Unido con la UE; así, el pasado 16 de diciembre de 2025 Londres se reincorporó al programa Erasmus. Todo apunta hacia esta dirección y ya se contempla una negociación Londres -Bruselas para la legislatura parlamentaria 2029-2034.

Hasta la fecha, todos los primeros ministros –desde Harold Macmillan (1957-63) hasta Keir Starmer (2024 - ?)–, una vez llegados al número 10 de *Downing Street*, se han quejado ampliamente del llamado “Síndrome de Suez”, una especie de nube negra de pesimismo que se mueve al compás del destino inevitable de gradual decadencia de las Islas en un mundo cada vez más complicado y hostil.

El Libro Blanco, la guerra de Ucrania y, sobre todo, el retorno de Trump a la presidencia norteamericana en enero de 2025, han transformado la estrategia y visión británica radicalmente. Si a ello se añade la brutal resaca del Brexit –el mayor

► **La estrategia nuclear británica busca aumentar la disuasión mediante mayor número de armas y mayor incertidumbre en su doctrina**



► **El impacto del Brexit y la guerra en Ucrania han acelerado la revisión de la política de defensa y seguridad del Reino Unido**

error estratégico del Reino Unido en cinco siglos–, la esclerosis económica existente y una balanza presupuestaria precaria, estamos probablemente ante el principio del fin del “síndrome de Suez”. De ser así, esto ya sería para Londres un punto de partida positivo para un futuro encaje realista y productivo del Reino Unido en la seguridad continental y global.



Suscripción a *Cuadernos de Pensamiento Político*:
<https://fundacionfaes.org/analisis-de-faes/#htmegatab-11b63d74>
www.fundacionfaes.org

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2^a planta
28014 Madrid
Tlf 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

REDES SOCIALES